
LA SITUACIÓN DE LA IGLESIA EN EL POSTCONCILIO

por Marcel Légaut^(*)

Bajo el impulso del Vaticano II, la Iglesia en su conjunto ha tomado conciencia de la considerable importancia de las iniciativas que tiene que acometer y de las búsquedas que debe emprender para realizar, entre los hombres de su tiempo, la misión que le nació de Jesús de Nazaret.

Hoy son tales y tantas las necesidades y problemas nuevos que se presentan en el Mundo, irresistiblemente regido por la Ciencia y la Técnica, que el *universo mental* no sólo de las personas cultivadas, sino de todos, está siendo profundamente transformado. En la actualidad, son innumerables, en efecto, las posibilidades y aspiraciones nuevas que brotan de exigencias de tipo afectivo e intelectual. Antaño no se daban, o eran cosa de una minoría que era excepción. Ahora resultan frecuentes e indispensables en la vida de muchos que, sin ellas, se hundirían en la oscuridad del fatalismo o del sinsentido. Estar a la altura de todas estas cuestiones es capital para la Iglesia, pues es algo que pertenece a la misión que a sí misma se atribuye. Es necesario que lo haga para existir de verdad y no ser arrastrada insensiblemente a [7/8] no ser más que una religión del pasado, ya irreversiblemente caduca.

De hecho, durante los últimos veinte años, algunos cristianos, de un empuje particularmente notable, han realizado este tipo de búsquedas, que han llevado a la Iglesia a tomar decisiones de gran alcance tanto en lo doctrinal como en lo pastoral. Ha sido como si la Iglesia

(*) En esta versión castellana, el autor ha introducido diversas variaciones respecto del texto original en francés. Los números entre corchetes indican la paginación de la edición de 1988 en Sal Terrae. Traducción revisada por D. Melero.

se despertase tras un largo período de estabilidad y se abriera a un destino diferente que, aunque ciertamente preparado por el pasado, en mayor grado viene provocado por la historia de los hombres y como por la llamada del futuro. De esta manera, la Iglesia ha desembocado en unos caminos insospechados hasta ahora y cuyo solo tránsito, antaño habría sido, primero, considerado como una infidelidad y luego rechazado de plano. En lugar de hacerse un ovillo y encerrarse en la estricta conservación de su tradición (conservación por lo demás ilusoria, pues sólo sería una especie de momificación), la Iglesia, casi a pesar suyo, se ve conducida a medirse con la tarea inmensa que el Mundo Moderno le plantea, para poder participar activamente en el devenir de los hombres. Se abre, así, sobre un porvenir completamente desconocido, pero que, por su fe, ella debe presentir que será de talla parecida a la de Aquél que está en su origen.

Sin embargo, esta búsqueda múltiple no se ha hecho sin titubeos ni errores. ¿Cabe extrañarse de ello teniendo en cuenta la condición humana? Estas fluctuaciones –cuya importancia tampoco conviene minimizar– han turbado e inquietado a un gran número de espíritus e incluso a algunos personajes que ocupan los más altos puestos de la Institución. El cardenal Ratzinger, entre otros, afirma, con una claridad que hay que agradecerle, que el balance de estos veinte años de Postconcilio es negativo. Según él –y sin duda según otras autoridades importantes–, para salir de la vía nefasta en que la Iglesia se ha descariado en el proceso de decadencia desarrollado bajo el signo falsificado del Concilio, es de la mayor importancia que ésta dé *marcha atrás* y que al período de desbarajustes, rayanos en la subversión, suceda la *restauración* (que, [8/9] por lo demás, ya está claramente en curso, como él afirma con conocimiento de causa sin duda): restauración de un pasado cuya bondad no hay que demostrar, dado que veinte siglos la garantizan...

¿Qué ha pasado para que estos espíritus, ponderados y bien situados por sus elevadas funciones en la Institución para estar informados de lo que sucede, hayan llegado a tales conclusiones? Doloroso debate de conciencia, revisión desgarradora de estos veinte años en

que con fe y esperanza, con generosidad y sin medida, se desplegaron los esfuerzos de numerosos creyentes de entre los más auténticos, para poner en práctica las decisiones conciliares.

El anuncio del Concilio

Es indudable que el anuncio del Concilio causó sorpresa. Tras la promulgación de la *infalibilidad* pontificia, ¿qué necesidad había ya de Concilios? La decisión casi repentina de Juan XXIII fue inesperada hasta para él mismo. Además, al principio, su idea era la de plantear simplemente una puesta al día de la pastoral aunque ello requiriese algunos retoques doctrinales. Tres meses bastarían para resolver los asuntos... Pero ya sabemos cómo fueron las cosas. Las cuestiones planteadas, dadas sus dimensiones y su complejidad, abrieron inevitablemente horizontes de libertad y de apertura que hasta entonces estaban fuera del alcance de las miradas de la mayoría o eran prohibidos con firmeza a quienes habían empezado a soñar en ellos. Tales horizontes llegaron a producir vértigo, porque anunciaban un porvenir nuevo y difícil. Nuevo, a pesar de que las numerosas referencias a la tradición, atentas hasta la nimiedad, se esforzaron en mostrar y asegurar a los inquietos que la tradición, inteligentemente interpretada y convenientemente desarrollada, bastaba perfectamente para resolver cualquier problema «nuevo» que se presentase... Y también difícil, por más que, en las respuestas que se dieron, se tendió a la moderación de los extremos más inquietantes, [9/10] a base de alternar sutilmente en los textos las perspectivas opuestas, según secciones y párrafos bien proporcionados.

En las décadas que precedieron al Concilio, ya algunas fuertes personalidades —de las más inteligentes y de las más espirituales—, que por su situación estaban en un contacto especial con su época, eran conscientes del *foso* cada vez mayor, más profundo y más ancho, que separaba al Mundo Moderno de la Iglesia. Pese a los comportamientos de ésta, algunos de ellos, inspirados por su fe, esperaban que la Iglesia vería despuntar el día —que no se atrevían a pensar próximo— de un *sobresalto vital* que la salvaría de la muerte que insidiosamente le ace-

chaba. Cada uno se esforzaba en apresurar esa hora de salvación, correspondiendo a lo esencial de su propia misión. Con todo, esta esperanza seguía estando lejos en el tiempo; la certeza de su llegada no conseguía triunfar ante la evidencia contraria, que las apariencias imponían sin contemplaciones. Además, sus posiciones dentro de la Institución, que en los más eran de las últimas, ¿no resultaban inevitablemente marginales y, por tanto, condenadas a la impotencia?

Por otra parte, nadie –salvo, quizás, alguno de los más reticentes entre los conservadores– había previsto la importancia de los problemas que se tendrían que afrontar. Muchas autoridades eclesíásticas, es cierto, vieron con inquietud y juzgaron inoportuna la iniciativa de Juan XXIII. En lo posible, se esforzaron por minimizar sus imprevisibles riesgos, preparando con precisión, en el espíritu del Vaticano I, los textos que, según el programa de sesiones, los padres conciliares no tendrían más que aprobar y firmar... Ya sabemos que no sucedió así gracias a *otra iniciativa repentina*, la del cardenal Liénart, tan imprevisita por su parte como el acto de indisciplina del que se hizo culpable en aquella ocasión... Poniendo al mal tiempo buena cara, se comprende que en aquellas condiciones, ya desde el principio y en todos los debates del Concilio, una importante minoría se esforzase en combatir el espíritu nuevo que acababa de establecerse en la Asamblea. A aquella minoría le parecía evidente que este nuevo espíritu [10/11] conduciría fatalmente a unas orientaciones doctrinales y a unas prácticas pastorales llenas de los peligros de una modernidad de la que, hasta entonces, la Iglesia había logrado defenderse a base de condenarla solemnemente.

Los desórdenes: razón aparente del crecimiento de la reacción

Ciertamente, en los tiempos que siguieron al Concilio aparecieron numerosos desórdenes que muchas veces se proponían cambiar por cambiar (especialmente en lo litúrgico), más que cambiar por vivificar lo que estaba inmovilizado por el uso. Se intentaba «llamar la atención», en parte por infantilismo, en parte por diversión y en parte también por ciertos resentimientos que no dejaban de estar algo justifica-

dos, ya que muchas cosas, reprimidas desde hacía tiempo, resultaban explosivas. Pero, en conjunto, fue más un juego de niños revoltosos que algo surgido de una intención perversa. Si se hubiesen reducido a su exacta medida y mirado con cierta sabiduría, se habría visto que estaban abocados a extinguirse por sí mismos, como fuego de paja.

A la vista de estos desarreglos, se acrecentó, no obstante, la minoría que, desde el principio, era hostil a las iniciativas del Concilio. Muchos, incluso de entre los que le eran favorables, desearon que sonara la hora del restablecimiento y de la rectificación enérgicos. Volver a la línea del pasado se les hizo una necesidad clara y urgente. Desde entonces, esta minoría no ha aumentado hasta el punto de convertirse en una mayoría real pero sí domina, gracias a la estabilidad de los grandes cargos de la Curia, un gran número de los puestos claves de la Institución. Lentamente, pero con firmeza, va pesando sobre los destinos de la Iglesia hasta el punto de que hoy, de hecho, es la que domina.

Sin embargo, más que la consideración de los excesos que escandalizaron con razón, ¿no hay que afirmar que lo que más ha influido en la decantación de estos espíritus es la *aprensión* [11/12] inefable —y, por ende, más inquietante— de un *futuro* cargado de novedades y de dificultades? Allí donde la fe no es lo bastante fuerte y no está como fortalecida por la comprensión de cuanto Jesús tuvo que conocer, combatir y revelar en el Israel de su tiempo, esta aprensión subterránea e inconfesada hace brotar la angustia engendrada por el miedo a un porvenir totalmente desconocido, cargado de amenazas y de asechanzas y expuesto a los mayores peligros.

El miedo ante la nueva etapa es una prueba para la fe de la Iglesia

Es verdad que, sin que nadie lo haya previsto —excepto los que de buenas a primeras le habían sido hostiles por temor a sus consecuencias—, este Concilio abre una nueva era en la vida de la Iglesia, un periodo de desestabilización como ningún otro de los que hasta ahora se han conocido, y del que no se puede medir por adelantado

ni la importancia ni la duración. Esta nueva etapa, ¿será de vida o será de muerte para una religión que, desde hace veinte siglos, ha jugado un papel capital en la historia de los hombres, al menos en Occidente? ¿Quién, razonablemente, podría adelantarse a responder a tal cuestión? Es cierto que, desde hace mucho tiempo, numerosos signos de decadencia harían prejuzgar con fuerza que el cristianismo ha entrado en un ocaso ineluctable, que hoy parece acelerarse y hacerse cada vez más irreversible... Aunque, en sentido contrario, la fe que lleva en sí el discípulo de Aquél que por su vida y por su muerte está en el origen de la Iglesia, le asegura que ésta, de una forma o de otra, saldrá un día de la situación en la que se hunde desde los tiempos modernos y que tiende a marginalizarla, a «folklorizarla» dentro de una sociedad cada vez más secular.

Hay que afirmar: la Iglesia volverá a encontrar una vitalidad semejante a la de sus orígenes, y más aún. Pero ¿a qué precio desmesurado?, ¿a través de qué crisis de apariencia mortal?, ¿al término de qué decrepitud, que será para ella [12/13] como el desierto de su éxodo? ¿Qué forma tomará entonces la Iglesia?, ¿qué Institución renovada se dará? Nadie puede preverlo, y el que, por pasión de amor, se aventurase a pensarlo sentiría *la angustia que debió de conocer Jesús* en la hora en que su misión se abría a una nueva dimensión, más allá de una muerte que parecía cerrar el porvenir para siempre...

Sin duda alguna, esta nueva juventud de los «últimos tiempos» será más madura que aquella primavera de las comunidades nacientes de hace veinte siglos, sometida como estuvo a entusiasmos de naturaleza muy diversa y seriamente ambigua. Estos fervores del principio, a menudo exaltados y desorbitados, ¿no estaban demasiado alimentados por la espera apasionada del Día final, casi inminente, y por fenómenos extraordinarios —y también complejos— que adquirieron un desarrollo singular en beneficio de algunos?... Aquellos carismas ¿no les parecían como una confirmación providencial de la cercanía del Retorno? Hay que afirmarlo con seguridad. La juventud que conocerá la Iglesia del futuro, iluminada por la meditación incesantemente renovada de veinte siglos de historia, será más capaz, por

su calidad impregnada de interioridad y de vida espiritual en el seguimiento de Jesús, de trabajar en la misión que desde un principio la Iglesia reconoció que había recibido al ser fundada, y que ha ido ofreciendo a cada época lo mejor ha podido.

La mediocridad de los ambientes cristianos está en el origen de los «cambios en falso» de después del Concilio

De la misma manera que en los primeros tiempos de la Iglesia se tuvo que realizar un prolongado discernimiento, ahora también se ha de hacer lo mismo. Un resultado capital del mismo consiste en afirmar que las numerosas causas que subyacen a los conflictos actuales provienen, más o menos directamente, de la *mediocridad* de los medios cristianos, los [13/14] cuales no tienen nada que envidiar, en este campo, a la sociedad reinante. Los contornos imprecisos de la insignificancia espiritual del mundo de los bautizados son difíciles de medir en medio de las tinieblas del Mundo. Máxime cuando la subhumanidad ambiente, flotante y mate, ayuda a disimular dicha insignificancia bajo las apariencias de una real rectitud de vida y a veces de una piedad sincera.

Los católicos en su conjunto, pasivos desde siempre, *no estaban preparados* para comprender la utilidad del Concilio ni tampoco estaban dispuestos a responder a él. Una mirada a la historia de los siglos pasados, ya mejor conocida, nos enseña, con realismo y sin glosa edulcorante, cuántas evidencias falsas, cuántas imaginaciones supersticiosas, debidas a la inmadurez general de la época, inspiraban a los cristianos. En el ámbito de la «doctrina», ¿no hay que reconocer que, por sus construcciones «sobrenaturales», más bien materiales y burdas, este cristianismo ha escamoteado las cuestiones esenciales sobre el hombre, sobre Dios y sobre Jesús que tendrían que ser sin cesar, para el creyente, el aguijón de su búsqueda cotidiana y el fermento de su crecimiento espiritual? Y en el ámbito de la «moral», ¿no hay que reconocer también que, debido a una sabiduría mezquinamente sabia, el cristianismo ha cultivado demasiado, en los siglos pasados, un rigorismo que ha llevado a juzgar mal las grandes pasiones del

hombre, mostrando únicamente su utilidad para la especie y sus peligros para quienes quedan cogidos por ellas, sin, por lo demás, ayudar a los hombres a descubrir hasta qué profundidad y altura podrían llegar mediante ellas si respondieran a su impulso con fe y fidelidad?

Frente al muro espeso de los siglos, algunos creyentes, pocos en número todavía, se esfuerzan por distanciarse de esa insignificancia ambiental y van emergiendo de ella; pero eso sólo se logra a lo largo (y hacia el final) de una vida vivida en la fortaleza y en el peligro, en la fidelidad y la tenacidad. Esta evolución, en constante progreso, la hicieron «transgrediendo» la adhesión ciega inicial a las doctrinas de su medio ambiental, que les eran predicadas en la parroquia. [14/15] Esa adhesión les hubiera prohibido hacer semejante itinerario, que no está exento de estancamientos, de retrocesos y de excesos, y que cada uno ha de asumir por su cuenta y riesgo.

En adelante, su religión, dirigida a la adoración en espíritu y verdad de Dios —por lo menos del Dios que la totalidad de su ser les permite alcanzar—, se independiza y purifica de la religiosidad ancestral y como innata que fue el motor principal de la religión de su infancia. Antes suscribían plenamente, por una obediencia escrupulosa de la que se sienten retrospectivamente satisfechos, aquella religión, igual como ahora, gracias a una fidelidad perseverante y llegados a una maduración personal, se abren a una especie de transformación, cercana a una real mutación que, poco a poco pero firmemente, se les ha ido imponiendo por las exigencias de la intelectualidad, iluminada por la fe, a propósito de las creencias. Su religión pasa entonces a ser más discreta, más afinada en sus manifestaciones, que, dada la condición humana, siempre serán en cierto modo ambiguas.

¡Qué raros y escasos resultan los hombres de fe cuya religión se eleva a medida que crece su fidelidad! En medio del gran número de bautizados que sólo son cristianos como por descuido, ante tantos hombres que han seguido siendo creyentes a lo largo de sus años de una manera tan poco adulta que, con la edad, resulta pueril, cabe preguntarse: *¿tienen unos y otros la misma religión?* Es verdad que hay

muchos hombres inteligentes y despiertos entre los católicos practicantes, pero da toda la impresión de que hay pocos entre ellos que piensen realmente en lo que creen y en las razones de lo que se imponen a sí mismos por disciplina. Excepcionales son los que se emplean en este trabajo de apropiación y de reflexión hasta el punto de hacerlo tema constante de sus búsquedas y, por tanto, de sus críticas –tal como debería ser para que les resultaran espiritualmente fecundas–. Por contraste, ¡a cuántos les resultan indiferentes las actividades religiosas mientras se apasionan por otras que les preocupan e inquietan de veras! Entre estos últimos, no obstante, de forma oscura y tímida, algunos (seres de rectitud y de conciencia, más que [15/16] de interioridad real y de reflexión valiente) sienten y lamentan esta diferencia de intereses en el centro mismo de su vida. Por eso, como para evitar una nota falsa en lo más mínimo, es por lo que se aferran a sus certidumbres religiosas con una intransigencia obstinada y con una estrechez de miras desacostumbrada en personas de suficiente cultura.

La mediocridad de los cristianos, síntoma del fracaso de la Iglesia

La mediocridad de los ambientes cristianos es demasiado general como para atribuirla únicamente a las deficiencias individuales o al «espíritu del mundo moderno». Hay que preguntarse: ¿cómo es posible que la Iglesia haya podido *fracasar* hasta este punto en su obra espiritual respecto de sus miembros –incluso con los más dóciles– siendo la organización cultural que más cerca de ellos ha estado durante años, a través de las reuniones dominicales por ejemplo? Es verdad que hay que reconocer el alto grado de moralidad que ha logrado mantener en sus fieles gracias al puritanismo que, desde hace mucho, se ha considerado el signo por excelencia de la vida cristiana cabal, debidamente reforzado, además, por el cultivo de una culpabilidad casi instintiva. Pero, ¿es eso verdaderamente suficiente?; lograr esa moralidad, ¿es el papel principal que ella debe cumplir en el Mundo?

Este fracaso espiritual, ¿no se deberá a que la doctrina y el culto, que la Autoridad ha cultivado en el transcurso de los siglos (y man-

tenido rigurosamente en nuestra época, por más que ambos resulten herméticos para la mentalidad actual), están más marcados por preocupaciones legales y jurídicas (heredadas del legalismo judío y del juridicismo romano) que por la preocupación de favorecer entre los fieles la *actividad personal* al nivel de la fe y de la fidelidad?

Hoy, la Institución que el cristianismo se ha dado a lo largo de sus crecimientos y crisis, aunque sea más sólida que los regímenes políticos, que ya han perdido la aureola de la [16/17] divinidad, es incapaz de dar a la Iglesia el rostro en el que los hombres pueden reconocer, en su trascendencia, a Aquél que precisamente ella quiere testimoniar ante ellos. La Autoridad, completamente absorbida por la acción de gobernar que centraliza y uniformiza, conoce la tentación –y frecuentemente sucumbe en ella– de *confundir la permanencia y la estabilidad con la inmovilidad*. Por eso, en lugar de favorecer su propia actividad creadora, que le sería necesaria para cumplir su misión, apunta principalmente a conservar preservando, a mantener defendiendo, a no cambiar e incluso endurecer sus maneras de ser y de comportarse frente al mundo moderno, tantas veces juzgado perverso, que evoluciona con tanta rapidez y que lo replantea todo, aun a riesgo de perderlo todo... ¿Cómo es tan ciega que no mide el foso que separa lo que manda y enseña, y lo que se hace y se piensa en los ambientes cristianos? ¿Es que no se da cuenta de que su audiencia y autoridad disminuyen cada día y no precisamente por la paja en el ojo ajeno, es decir, del otro que la mira?

La Iglesia, por lo menos en su aspecto visible y social, está *perdiendo continuamente fieles* que se van *sintiendo extraños* en ella y en sus parroquias. Algunos son de los que están más vivos, por el vigor de su espíritu y por la capacidad de entregarse a fondo a lo que creen. Su partida no dejará de tener importancia para el futuro... Pero no es sólo esto, sino que ¡cuántos, además, se apartan de la Iglesia o, cuando menos, se niegan a entrar en su Institución, porque en ella *la disciplina ocupa el lugar del pensamiento*, y se exige la renuncia a lo que pertenece al corazón de la vida sin que para ello medie contacto personal alguno con una autoridad que, por otra parte, no está sufi-

cientemente al corriente de las cuestiones planteadas, de modo que impone dicha renuncia sin atreverse a discutir a fondo sobre lo que está en juego! ¿Cómo es posible que esa autoridad no sea lo bastante espiritual como para comprender de qué apuesta se trata? ¿Cómo puede ser que no comprenda que se trata de algo mucho más que doctrinal, de algo vital para aquel que es sancionado y para muchos otros con él? [17/18]

El futuro juzgará severamente el modo dictatorial y lleno de suficiencia con que se ha ejercido el poder papal, tanto a principios de siglo como más recientemente. Si la Iglesia, para ser fiel al espíritu de Aquél del que ha heredado, no llama a la *actividad espiritual* y no la favorece —única actividad que puede dar el sentido que precisan las mutaciones del universo mental y de las condiciones de vida que actualmente se viven—, descenderá ineluctablemente por las vías de la desaparición que ya se presienten, sean cuales sean los vericuetos que hábilmente intente para evitarlo. Conocerá la suerte de la levadura que se ha endurecido y se desecha, la de la sal que ya no sala. Junto con las otras religiones, se verá abocada a ser, sin remisión, un vestigio de una etapa ya pasada.

De la responsabilidad de la Institución

El «milagro» del Vaticano II no fue ajeno al modo en que aquellos dos mil obispos se encontraron reunidos, un día, bajo la misma cúpula. En aquel milagro colaboró, frente al dominio deferente pero firme de los organizadores, la oscura y masiva reacción de una Asamblea, al principio más compacta que coherente pero joven, por un momento, por la misma novedad del acontecimiento. Ordinariamente, los obispos, cuando acuden a la Roma Eterna, son transeúntes rápidos de los pasillos curiales; son como quien acude de provincias a hacer una solicitud en las oficinas de los altos funcionarios. Entre sí, sólo se conocen con ocasión de encuentros fortuitos, llenos de cortesía religiosa y de discreción. Además, se ven obligados a hablar una lengua que no les es familiar desde hace mucho tiempo. Por eso, al comienzo del Concilio, llegados de todos los rin-

cones de la Tierra, ignoraban el poder del Cuerpo, que sólo descubrieron en la Asamblea. En ella, la mitra de cada uno adquirió un peso muy distinto del que tenía en las ordenanzas de un ritual vetusto... Hermanos unos de otros como nunca antes se habían sentido, se supieron [18/19] mucho más que simples compañeros solidarios en la tarea de guardar una doctrina y de hacer observar una disciplina. Se reconocieron unidos en una misión que se les imponía en su universalidad (una universalidad que se acrecía por la diversidad y que era muy distinta de una generalización siempre uniforme de lo mismo). Libres con una libertad mucho más real que la relativa autonomía de cada uno en su diócesis bajo la autoridad romana, se sintieron independientes, como Pablo en otros tiempos se manifestó a Pedro cuando éste vacilaba...

Los milagros, sin embargo, no duran siempre. Sólo se repiten con la parsimonia y discreción propia de las fidelidades al impulso creador. En el desarrollo del Concilio –como en el de todos los anteriores– los profesores y administradores fueron más numerosos que los espirituales y contemplativos. Además, ¿no hay que ser grande entre los grandes para ser a un tiempo obispo y profeta? La Asamblea se vio pronto enfrentada a un sin fin de cuestiones nuevas que desde hacia tiempo se habían mantenido bajo la pesada capa del silencio impuesto. Los pocos meses programados se transformaron en años. Y, por fin, el agotamiento impuso un alto... que todavía no ha terminado. Ojalá no quede trasmutado en un toque de retirada, encima triunfal...

Basta tomar un poco de perspectiva para comprender lo «imposible» de la situación. ¿Cómo tratar, en efecto, todas las cuestiones planteadas con la autoridad que la doctrina confiere a semejante Asamblea, cuando muchos Padres conciliares no habían oído hablar de ellas antes, si no era para vetarlas en nombre, precisamente, de la fe? ¿Cómo alcanzar, por ejemplo, a propósito de la *libertad de conciencia* o de la *autonomía de las realidades terrenas*, una formulación que, sin condenar expresamente lo mantenido siglos atrás (y que había sido justificación de comportamientos tan monstruosos como

los que conocemos), afirmase, diciendo lo contrario de lo dicho hasta entonces, que su propio contenido está en el recto sentido de la tradición?

Aun contando con la ayuda de los «expertos», ¿cómo [19/20] poner a punto en pocas semanas textos suficientemente precisos, pero al mismo tiempo flexibles, como para reunir a su favor una amplia mayoría de obispos, muchos de ellos no habituados a semejante trabajo de filigrana? Se adivina el esfuerzo de pensamiento, y mayor todavía de redacción, que exigía la preparación de las sesiones plenarias, en las que el voto cerraba el debate y decidía, para los tiempos venideros, con la autoridad que dimana de la infalibilidad del Espíritu Santo cuando planea bajo la cúpula en las horas decisivas. Es más: ¿no subyacía, secretamente, en aquellas redacciones la preocupación inconsciente de que en el futuro el texto permitiera interpretaciones ágiles que hicieran posible una mayor fidelidad, teniendo en cuenta lo que en aquellos momentos todavía no podía ni decirse ni sugerirse? ¡Cuántas puertas entreabiertas a las que se incorporaron, por precaución, sólidos pestillos! ¡Cuántas puertas cerradas pero sin dar la vuelta a la llave! ¡Qué frágiles y maleables son, en efecto, los textos conciliares, en cuya redacción se suceden los matices: cada uno dejando lugar al siguiente y como invitándolo para, entre todos, intentar dar, aunque sea de lejos, con el punto de equilibrio inalcanzable de un pensamiento que las pasiones humanas atacan incesantemente y que la realidad vuelve siempre a poner en cuestión!

A decir verdad, ¿habría sido posible que los Padres del Concilio hubiesen dado respuestas claras a las difíciles preguntas de la Modernidad, aun cuando desde tiempo atrás se hubiesen aplicado a ellas por fidelidad a su misión, pese a la prohibición impuesta por Roma? ¿No se habrían visto llevados a tener que emplear personalmente toda la potencia de su inteligencia bajo la luz de la fe en el trabajo de enfrentarse y juzgar un cristianismo cuyas maneras de pensar y de imaginar, de construir y de sentir, no dejan de tener cierta relación con las costumbres que antes se perpetraban y con los crímenes que con plena conciencia se cometían?

Para que los Obispos hubiesen estado de veras preparados para mantener unas reuniones que determinasen realmente el futuro y se hubiesen negado a los compromisos redaccionales [20/21] que lo embarullaban, ¿no habrían tenido previamente que *aceptar reconocer* que la Iglesia –nacida en un tiempo en que, en cierto modo, hizo explosión la alegría de la vida eterna al fin hallada en esta tierra– había llegado, a lo largo de su historia, a veces demasiado marcada por las costumbres del poder, a estar ampliamente corrompida? Un Concilio así preparado hubiera tenido que vivir su primera jornada, con una unidad sin fisura, «bajo saco y ceniza». Grande entre los grandes, se habría situado entonces a la altura de abrir una nueva era para la Iglesia. Habría podido plantear los verdaderos problemas de los que dimanan las demás cuestiones que plantea la vida espiritual cristiana, y sería más consciente de sí misma en adelante. Estos problemas habrían sido planteados para que el creyente, a su luz y bajo su aguijón, se pudiese medir con su propio misterio y con el de Jesús, y así, en espíritu y verdad, se hubiese podido acercar al misterio de Dios. Entonces, sobre la roca por fin descubierta bajo los escombros de las pasadas construcciones, y aunque por poco tiempo, se hubiera levantado un edificio en el que los hombres hubieran querido crecer...

Pero hay que afirmarlo: *para que la inteligencia iluminada por la fe se hubiese desplegado feliz y poderosa en la libertad creadora, al Concilio le faltó, decididamente, promover una auténtica renovación de la vida de fe y de fidelidad en el seno de la Iglesia, a través de una profundización en el misterio del hombre y en el misterio de Dios, gracias a una comprensión más honda de lo que tuvo que vivir Jesús para ser el que llegó a ser.*

¿Es lícito extrañarse, entonces, de que algunas estructuras fundamentales de la Institución continúen pesando hoy como ayer en los destinos de la Iglesia? Aunque sólo sea por rápida alusión, enumeremos algunas.

– La elección del Papa por sólo los Cardenales, que han sido escogidos en su mayoría por el predecesor, el cual, de esta forma, está «proponiendo» con fuerza su sucesor, según una estabilidad

demasiado rígida. Se sabe que algún prelado [21/22] de talla truncó su carrera eminente y fecunda por proponer ensanchar el cuerpo de los electores.

– La colegialidad de los Obispos, que felizmente revalorizó el Concilio, ¿no fue desde sus comienzos atacada en su fundamento cuando se les vetaron cuestiones de lo más importante porque interesaban a la vida más personal e íntima de sacerdotes y laicos, hombres y mujeres? Las decisiones de la colegialidad ¿no tendrían que extenderse a lo que concierne al gobierno y a la enseñanza de las Iglesias?

– La elección de los Obispos, ¿no resulta criticable que se decida en Roma y no sobre el terreno y que, a veces, se haga en oposición a los Obispos del lugar? Según referencias confidenciales indiscretamente publicadas, ¿no es verdad que se concede tanto valor, o más, a la doctrina bien aprendida y repetida y a los modos de comportamiento conformes al uso que al vigor de carácter y a la profundidad en la vida espiritual?

– La necesaria descentralización de una Institución que, desde que los medios técnicos lo permiten, acentúa su tendencia a la concentración del poder directo... particularmente de las finanzas, cuya presión, en este sentido centralizador, se puede adivinar...

– La necesaria autonomía de los Obispos, cuyos poderes tendrían que estar a la altura de sus responsabilidades de apóstoles y pastores. ¡Qué apostolado lleno de iniciativas atrevidas les espera, de hecho, en el futuro inmediato y en las diócesis, que en su mayoría se están convirtiendo en desiertos donde la sed arroja a los hombres por el camino de los espejismos, tanto del pasado como del futuro!

La Restauración: período de prueba para la Iglesia

La restauración que se anuncia está ya en marcha. El cardenal Ratzinger, hombre inteligente y valeroso, que sabe [22/23] decir claro lo que piensa y que quiere con firmeza lo que decide, lo asegura. Se

le puede creer. Además, no está solo. Un equipo, ya casi todopoderoso, se ha constituido progresivamente según un proyecto claramente concebido y tenazmente perseguido. Los puestos de decisión importantes se van ocupando, poco a poco, aprovechando el oportuno retiro por edad de sus titulares. Es más, nada faltará al éxito de la empresa, ni siquiera un cuerpo bien disciplinado y «financieramente» bien guarnecido que, mezclado con las multitudes que se reúnen, sabe arrancar a tiempo los aplausos y orquestar también las protestas cuando las palabras que se pronuncian –se necesita tener coraje, y sólo algunas mujeres han osado hacerlo– no están conformes con los textos que antes han sido convenientemente revisados y corregidos por los servicios de la curia.

Algunos aspectos de esta restauración, enumerados rápidamente, son: –Los impedimentos múltiples a una verdadera pedagogía catequética y bíblica y la vuelta a las fórmulas fijas. –El rechazo de los ensayos de renovación en la pastoral penitencial. –El bloqueo de algunas cuestiones que plantea la gente que está en la avanzada de la Iglesia en diferentes regiones del mundo: inculturación del cristianismo en África, en Asia, etc., ordenación de casados, ministerios femeninos... –El endurecimiento del foso entre sacerdotes y laicos (a los laicos la acción en el mundo, a los sacerdotes el culto). –La contradicción entre un discurso público en favor de los pobres y las sospechas que se difunden sobre las teologías de la liberación. –El retraso táctico en la nominación episcopal de sedes vacantes hasta poder colocar al predestinado desde fuera. –La fundación de nuevos organismos que duplican a los que se abrieron a raíz del Concilio y que terminarán por dominar, dada su dotación de medios poderosos.

¿Cómo se ha podido llegar al convencimiento de que la vuelta a los errores y defectos del pasado es el único modo de remediar las deformaciones y desviaciones del presente, siendo así que los primeros, precisamente, se cuentan entre las causas más importantes de las segundas? Ciertamente, el [23/24] temor de que esos desórdenes se perpetúen influye en parte. ¿Qué hombre de gobierno no sería sensible a ello? Pero, además, está el vértigo de lo que habría que arriesgar para levantar un porvenir

desconocido y lleno de amenazas. ¿Quién que reflexione podría dominar ese vértigo, a no ser que tenga la fe que mueve montañas?

Por eso, este período, marcado por un esfuerzo de restauración, es necesario al devenir de la Iglesia y a su fidelidad, de la misma manera que en el hombre verdadero son necesarias las crisis que le vienen cuando su vida espiritual languidece, se deteriora y tiene que convertirse de nuevo. Tanto más profunda y cruel es la crisis cuanto más grave y exigente es el futuro de este hombre. Así ocurre, en efecto, con la Iglesia. ¿No lo muestra su historia? En los momentos de mayores desfallecimientos y desbordamientos se alzan creyentes de talla que se adelantan a su tiempo y preparan el futuro.

Y el *pueblo*. En verdad, *aunque todo se decide sin contar con él, nada se hace sin él*. En su *base* y no en la cabeza se hace el trabajo más importante, aquél del que depende el futuro. Ahí es donde se pueden entrever los primeros anuncios balbucientes de la Iglesia de mañana que lentamente se abre paso. Mil búsquedas condenadas al error, otros tantos ensayos destinados a fracasar, todos se ayudan, por una especie de misteriosa interacción, quizás comunión, que prepara el «*monasterio invisible*» de los discípulos de Jesús que viven «dispersos hasta los confines de la tierra». ¡Qué vitalidad hierve hoy en las Iglesias que ayer dormitaban en torno a las cátedras del magisterio y los coros de las catedrales! Cuando, por una parte, se sienten los primeros espasmos de las cristiandades agonizantes, por otra, todos los temores y miedos que oprimen a la Iglesia en un sufrimiento de mutación pueden encontrar algún remedio a la vista de esta fuerza, todavía latente, pero que avanza en olas sucesivas... Pero, para reconocer esta fuerza en su savia más que humana, hay que colaborar en su acción en el Mundo con la totalidad de sí mismo [24/25] y con el don que sólo la muerte acaba, al darle su cabal cumplimiento...

La hora es grave para la Iglesia, para todas las Iglesias, aunque sus situaciones sean diferentes y apunten a maneras de ser y de pensar, de decir y de hacer muy diversas. Para una minoría no despreciable de cristianos, sacerdotes y laicos, para los que lo que está en juego se

cuenta *entre lo más querido* (más querido incluso que la misma vida), los signos que de todas partes acuden actualmente desde el horizonte, presagian, en el orden de las ideas y de los comportamientos, definiciones y decisiones que pretenderán ser irrevocables y que se esforzarán en serlo. Para algunos, para los que desde el final del Concilio las esperaban con todas sus fuerzas, serán fuente de satisfacción. Pero ¡cuántos otros creyentes —entre los que se cuenta el autor— tendrán que soportar *sufrimientos* difíciles de asumir de forma que no sean esterilizantes y funestos para su vida espiritual lo mismo que para su acción en la Iglesia! (sufrimientos tanto mayores cuanto que, gracias a su experiencia como testigos de la fe ante los hombres, *prevén que las vías que se pretende reabrir abocan sin remedio a situaciones sin salida...*).

Ojalá que las medidas autoritarias, que se van a imponer próximamente al pueblo cristiano, no acentúen el *desapego* —ya muy grande— de las capas más vivas del pueblo cristiano; por ejemplo, de aquellos que, por sus exigencias intelectuales —multiplicadas y acentuadas por los resultados de la Ciencia, y a veces también por sus pretensiones—, tienen dificultades en sentirse satisfechos con lo que la Iglesia se limita a enseñar. Como demasiado a menudo en el pasado, ¿no se verán empujados muchos de ellos a *desesperar* de ella y a *abandonarla* silenciosamente, de puntillas, sin ruido? Su marcha hará todavía más difícil, más improbable, la mutación de que precisa insoslayablemente la Iglesia para ser fiel a su Misión.

Pero no sólo es tiempo de prueba para una minoría. En los próximos tiempos se revelará de forma meridiana *lo más profundo del ser de todo cristiano*. Los cristianos, más allá [25/26] de su hacer y decir, serán juzgados por el tesoro escondido en su conciencia, que se revelará de modo manifiesto; aquel tesoro que nutre el fervor de sus comportamientos, mucho más que las razones que suelen aducirse, manifestará plenamente y sin componendas lo que esencialmente viven los cristianos a nivel de «su religión» y que tan a menudo resulta tan superficial... ¡Entonces se verá qué pocos son los cristianos que de forma adulta reflexionan *seriamente* lo que creen! La gran mayoría no lo hace nunca, o sólo por personas interpuestas, o sólo

en tiempos fraudulentamente introducidos, entre paréntesis, en el curso de su vida...

Ojalá que nadie se desaliente en esta hora de la verdad que suena sin cesar como cuando tocan a muerto. Son tiempos en que, privados poco a poco de las facilidades abundantes de una cristiandad poderosa, se verán desposeídos de certidumbres y seguridades heredadas tranquilamente al nacer. Por esto, los cristianos tendrán que reconocer que, lo mismo que su Iglesia y en unión con ella, cada uno necesita personalmente un nuevo nacimiento, comparable en importancia al primero. Cada uno, según las etapas de su conversión, deberá trabajar en un nuevo advenimiento de la Iglesia, sabiendo que tal obra ha de ser incesantemente cuestionada y reemprendida. *Así como -cerá cada uno, a lo largo de su vida y en el tiempo oportuno, la hora a la que fue llevado Jesús al final de sus días; allí donde la fe desnuda, la esperanza sin apoyos de esperanzas y el amor impotente y blasfemado se mantienen en pie en medio del abandono: hora y pórtico que abren al misterio en el que todo principia y encuentra su fin.*

Ojalá el autor, con estas reflexiones y las que siguen en este libro, pueda ayudar a los buenos obreros del cristianismo del mañana tanto a dominar la angustia que desespera, como a desarmar la ira que amarga, cuando se tiene a la vista lo que se acerca. ¿No es fundamental, acaso, que los cristianos, a toda costa, perseveren en su interés por los destinos de la Iglesia, incluso si se les empuja fuera, y también que persistan, aunque ella les rechace, en ayudarla a llegar a ser la Presencia que el Mundo, sin saberlo, necesita [26/27] perentoriamente para no ser llevado, paradójicamente, a su ruina a fuerza de sus propios progresos en el orden del conocimiento y de la técnica?

– Jesús, *en estos tiempos en que* por todas partes lo viejo cruje y en que, sin embargo, no apreciando iniciativas verdaderamente creadoras, *se llega a exaltar un pasado cuyas deficiencias, cercanas al contrasentido y a la traición, son causa de la crisis del presente;* en estos tiempos en que, por reacción, algunos se aferran a lo que todavía permanece, aunque no sea más que ruina; en que se intenta revivir lo que otro-

ra era vivificante y ahora no puede ser sino un engaño piadoso; en estos tiempos, da a tus discípulos *lapaciencia* que Tú no tuviste posibilidad de ejercer porque eras demasiado grande, demasiado «poderoso» para que te lo permitieran. Tu mensaje iba muy por delante de tu tiempo. La brecha que tu mensaje tenía que abrir a través de todos los siglos y lugares, ¿no exigía de Ti la impaciencia «suicida» que rápidamente hizo que te condenaran a muerte y te hicieran desaparecer? Da a tus discípulos la luz y el poder de vivir de modo perseverante y discreto en la fe y en la fidelidad, a fin de que sean, cada uno en su lugar —*el más modesto y oculto es el mejor*—, *los obreros, ínfimos y efímeros, pero necesarios*, de este combate entre lo nuevo y lo viejo que no cesará mientras que en esta tierra y en tu seguimiento, haya hombres que se levanten como Tú lo hiciste, y que perseveren en pie y en camino gracias a lo que Tú has llegado a ser para ellos.